



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial – Sin Derivar 4.0 Internacional

Interacción comunicativa, relaciones sociales y discursividad social: reflexiones desde la articulación entre comunicación y lenguaje

Vivian Leticia Romeu Aldaya

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e127>

Recibido: 11-09-2018 Aceptado: 10-11-2018

Interacción comunicativa, relaciones sociales y discursividad social: reflexiones desde la articulación entre comunicación y lenguaje

**Communicative interaction, social relations and social discursivity:
reflections from the articulation between communication and language**

Vivian Leticia Romeu Aldaya vromeu.romeu@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0002-7020-0644>

Universidad Iberoamericana (México)

Resumen

El objetivo de este trabajo es formular una articulación de nuevo tipo entre comunicación y lenguaje por una parte, y este binomio en su conjunto con respecto a la emergencia de las relaciones sociales y los procesos de construcción de la discursividad social que a su amparo se derivan. La tesis que sostenemos al respecto es que de los procesos de comunicación, específicamente de la interacción comunicativa, se gesta la discursividad social que sirve de

Question, Vol. 1, N.º 61, enero-marzo 2019. ISSN 1669-6581

Instituto de Investigaciones en Comunicación | Facultad de Periodismo y Comunicación Social | Universidad Nacional de La Plata La
Plata | Buenos Aires | Argentina

Página 1 de 17



soporte a las relaciones sociales. Aunque esta tesis no es nueva, sí lo es la construcción del argumento que aquí construimos para sostenerla. Se parte en ese sentido, de desestimar la explicación de que la comunicación es el motor de lo social debido al intercambio de información y significación que la comunicación conlleva. Para nosotros, el hecho de que la comunicación sea motor de lo social tiene una explicación ajena a la idea de intercambio y entendimiento que normalmente conforma el sentido conceptual de la comunicación. La tesis que defendemos al respecto hunde raíces en los postulados fenomenológicos, biosemióticos y neurobiológicos.

Palabras clave: Comunicación; interacción comunicativa; relaciones sociales; discursividad social.

Abstract

The objective of this work is to formulate a new type of articulation between communication and language on the one hand, and this binomial as a whole with respect to the emergence of social relations and the processes of construction of social discursivity, that under its protection they derive. The thesis that we hold about this is that communication processes, specifically communicative interaction, generate social discursivity that serves as a support for social relations. Although this thesis is not new, it is the construction of the argument that we build here to sustain it. It is part of that sense, to dismiss the explanation that communication is the motor of the social due to the exchange of information and significance that communication entails. For us, the fact that communication is the engine of the social has an explanation that is alien to the idea of exchange and understanding that normally shapes the conceptual meaning of communication. The thesis that we defend in this regard has roots in the phenomenological, biosemiotic and neurobiological postulates.

Keywords: Communication; communicative interaction; social relations; social discussion.

Este texto refiere a la articulación entre lenguaje y comunicación humana. Parte de entender al lenguaje como un sistema mental de representación que a nivel de la especie humana se particulariza y generaliza simultáneamente a lo largo de su evolución biológica e histórico-social. Asumimos así que este sistema mental de representación, contrario a lo que



normalmente se piensa, no surge primordialmente gracias a –ni para- la comunicación, sino que más bien acompaña su ocurrencia, antecediéndola. Sostenemos que el lenguaje no surge y se desarrolla debido a la comunicación, sino al revés; pues el lenguaje constituye la materia prima de la comunicación.

Como se podrá notar, lejos queda de esta explicación aquéllas que hacen del lenguaje una estructura eficaz para el entendimiento, aunque esto no invalida su uso para tales fines. Sin embargo, la relación entre lenguaje y entendimiento abona más bien a la tesis del uso social de la comunicación, y no per se a su definición ontológica ni a la del lenguaje.

En este trabajo se asume a la comunicación como un comportamiento expresivo que tiene lugar –de la misma forma que el lenguaje- a nivel individual y social. Se trata de entender ambos fenómenos como innovaciones evolutivas gestadas a partir del desarrollo de las capacidades cognitivas del ser humano, lo que va a su vez estrechamente ligado a las propiedades de nuestro cerebro y a la transformación de las mismas en términos de sobrevivencia y adaptación. La comunicación humana no surge gracias a la interacción social, sino más bien gracias al lenguaje; a ese sistema mental de representaciones que, como señala Jerison (2012), factura resultados que hay que leer en clave adaptativa.

El uso del lenguaje como sistema de representación se explica a partir de las capacidades del cerebro humano y los desafíos del medioambiente a los que debe dar respuesta por medio de la sobrevivencia. De esta forma, lo social viene a configurarse alrededor de este sistema mental de representaciones que emerge tanto a nivel individual como social precisamente a través de la relación individuo/especie-entorno. Por ello concluimos que primero surge el lenguaje como sistema mental de representaciones sobre el mundo y el sí mismo, configurando la inteligibilidad necesaria para echar a andar los mecanismos de sobrevivencia y adaptación del ser humano –la comunicación entre ellos-. Luego, como parte de estos mecanismos vitales el ser humano responde (ya sea consciente o inconscientemente) a los desafíos siempre cambiantes del entorno en el que se desarrolla y una de las maneras en que estos mecanismos se manifiestan es el comportamiento expresivo, o sea, la comunicación. La comunicación entonces funge como ventana a través de la cual los individuos humanos proyectan su decir –que es el resultado del uso expresivo de sus representaciones-, gestando a partir de ello relaciones con el otro semejante, el entorno (físico, social o simbólico-cultural) y su sí mismo que dan como resultado la configuración de las relaciones sociales. La comunicación es el motor de la relación social y no su consecuencia; lo que no implica que una vez gestada ésta no retroalimente a aquélla. Por ello, el objetivo de este trabajo es formular una articulación de nuevo tipo entre comunicación y lenguaje por una parte, y este binomio en su conjunto con respecto a las relaciones sociales. Para organizar la exposición, lo dividimos



en dos partes: la primera reflexiona sobre el papel del lenguaje en la comunicación, partiendo de su naturaleza representacional, en aras de situar la articulación lenguaje-comunicación en los términos antes expuestos. En la segunda, reflexionamos sobre la manera en que proponemos entender la comunicación, decantándonos hacia una definición que la sintetiza como comportamiento expresivo. Esto permitirá dar solidez al planteo que hacemos en torno al binomio lenguaje-comunicación y proponer a partir de ello la existencia de dos dimensiones de la comunicación: la individual y la social, aspecto que servirá de base para construir un modelo explicativo en torno a la emergencia de las relaciones sociales.

El lenguaje como materia prima de la comunicación

La idea de lenguaje en la comunicación está soportada en el carácter socio instrumental del mismo, es decir, en su uso en tanto estructura de sentido compartida. El lenguaje puede ser entendido ciertamente como una estructura de sentido compartida que abona a la puesta en común o entendimiento, pero en tanto estructura del sentido, es en dependencia de su uso cognitivo (fundador de realidad o conocimiento) y/o para la socialización con el otro, que se revela como estructura compartida o no.

Podemos hablar de un lenguaje social (estructura compartida del sentido) o bien de un lenguaje individual (estructura de conocimiento). Aquí nos decantamos por hacer de esta última el motor de la primera, un poco a la manera en que lo hace Searle (1997) al afirmar su tajante división (que no compartimos) entre función representativa y función comunicativa del lenguaje. Así, recuperamos la naturaleza cognitiva del lenguaje, su capacidad para construir representaciones sobre el mundo, tanto a nivel individual como a nivel social.

Si bien es cierto que nacemos en una cultura dada que posee un lenguaje propio –diferente por ejemplo del de otras culturas- también es cierto que este lenguaje que nos antecede al nacer es un lenguaje social. El lenguaje social puede definirse como aquel sistema de representación compartido por los miembros de una misma cultura, en un tiempo-espacio determinado, que es jerárquica y socio históricamente organizado. Esto es relevante desde el llamado lenguaje inclusivo que es un lenguaje que intenta cambiar el estado de cosas en materia de equidad de género, lo que nos hace pensar que el lenguaje no es una estructura estática, sino más bien dependiente de las situaciones ideológicas de una sociedad, entendiéndolo por ello el espectro de ideas dominantes y contra hegemónicas en una comunidad determinada de hablantes. Sin embargo, el lenguaje social no puede cambiar de un día para otro. Al tratarse de una norma en uso, queda atado a éste obstaculizando su movilidad; pero, al depender también de los



contextos sociohistóricos y culturales donde este uso tiene lugar, el lenguaje se transforma indefectiblemente.

Esto nos indica que el lenguaje social se transforma gracias precisamente a su uso (función comunicativa según Searle), mismo al que obedece en tanto sirve para dar cuenta de la realidad, para ontologizarla (función cognitiva, según el mismo autor). Así, la posibilidad de transformación de la realidad social y cultural siempre asegura la posibilidad de transformación del lenguaje ya que el lenguaje es una herramienta cognitiva, más que propiamente comunicativa. De hecho, el lenguaje todo, el individual y el social, tiene un carácter esencialmente cognitivo al que, además, se añade su carácter comunicativo o expresivo. Pero para poder desarrollar esta tesis, es importante ofrecer argumentos sobre el origen del lenguaje en el ser humano.

De acuerdo con Leaky y Lewin (1994) algunos lingüistas, sobre todo los que siguen los postulados de Chomsky respecto al lenguaje, lo entienden como una innovación evolutiva sin relación con el sustrato cognitivo de los grandes primates; pero la evidencia empírica más reciente se ha encargado de demostrar que esto no es cierto. De hecho, la investigación de Savage-Rumbaugh (Savage-Rumbaugh, Shanker y Taylor, 1998) sobre el lenguaje primate revela que no hay un abismo tan grande entre los simios y los seres humanos pues en la estructura y el tamaño del cerebro de los primeros, ya estaban sentadas las bases sobre las que se ha estructurado el lenguaje de los segundos. Como señalan Leaky y Lewin (p. 167), nuestras capacidades lingüísticas están sólida y profundamente arraigadas en las capacidades cognitivas de los simios.

Lo anterior implica que la función del lenguaje está orientada a la construcción de modelos mentales en el marco de la evolución del cerebro, ya que el tamaño del cerebro correlaciona con la capacidad lingüística, lo cual se explica por los consecuentes procesos adaptativos ante la proliferación de nuevos nichos ecológicos en el entorno. Así lo afirma Jerison (2012) cuando señala que el mundo real o verdadero de una especie depende del funcionamiento cerebral de la misma. Y esto, recalca, también es aplicable al mundo real de los humanos, al que conocemos y experimentamos.

Podemos coincidir con Jerison señalando que el cerebro produce modelos mentales que permiten al organismo humano gestionar la información que detecta por medio de sus órganos sensoriales pues es ello lo que le permite generar las respuestas adecuadas para su sobrevivencia y adaptación. Esto se hace a partir de la integración de las sensaciones, conformando con ello un mundo mental interno que funciona como percepción del mundo exterior en función de la experiencia del individuo.



Así, la complejidad del mundo mental depende de la organización cerebral de individuos y especies, lo que desde el principio de innovación evolutiva es posible explicar a través de entender que todo mundo mental nuevo va aparejado a la eficacia de la sobrevivencia. En el caso del ser humano, esta integración es más desarrollada que en los primates, lo que exige una capacidad cerebral mayor, colocándonos a los seres humanos como organismos mucho más complejos, en tanto dicha integración sensorial juega un papel central en el procesamiento de la información que construimos en los diferentes entornos en los que nos insertamos (Romeu, 2018).

Según Leaky y Lewin, en el entorno social la intensa actividad de la socialización explica la necesidad de un mayor y creciente poder cognitivo no sólo en los humanos, sino también en otras especies, fundamentalmente primates. La diferencia entre unos y otros está en la capacidad para procesar la información en el cerebro, lo que nos devuelve al punto de vista orgánico y a la manera en que se selecciona e integra la información en él. Por eso el habla requiere de una capacidad cerebral realmente enorme, como la de los humanos, quienes tenemos una capacidad mental tres veces mayor que la de los primates más desarrollados (Leaky y Lewin), haciendo posible la emergencia del pensamiento. Como afirma Jerison, el rol del lenguaje social en la comunicación se desarrolló inicialmente como un subproducto de los procesos de construcción de la realidad, afirmándose como una herramienta mental que, debido a la propia capacidad orgánica del cerebro humano, moldeada a su vez por el lenguaje mismo, contribuye con el pensamiento reflexivo y autorreflexivo, gestando así la cultura. El lenguaje –entendido desde su naturaleza cognitiva- nos permite construir mundos mentales de manera individual y social. La experiencia personal frente al entorno posibilita su configuración tanto como la experiencia colectiva o social; sólo que en el caso de la experiencia individual la construcción de mundos mentales es menos compartida; no lleva la impronta social que le acontece a la experiencia colectiva.

Hemos referido en otros textos (Romeu, 2017) que la experiencia colectiva del lenguaje pudo haberse fraguado a partir de la coincidencia de experiencias individuales. Al fin y al cabo, como especie, los seres humanos poseemos una maquinaria mental y cerebral similar que la garantiza. Hablar de lenguaje social remite a los procesos colectivos de construcción de la realidad que, aunque moldean buena parte de nuestra experiencia en la vida, no cancela la experiencia individual. Es a partir de estas experiencias que el ser humano, individual o colectivamente, configura información sobre la realidad y sobre el sí mismo. La experiencia activa el sentir y el pensar derivando en una particular percepción del mundo que termina por instalarse como la realidad misma, a partir de un criterio que alcanza su plenitud desde la incuestionabilidad de la misma. Socialmente, la experiencia colectiva se configura de la misma



manera. En ambos casos, construir sentido a partir de la experiencia implica asumir que ésta es el motor de nuestras percepciones, y nuestras percepciones a su vez base de la construcción de la realidad, de la información que desde la interacción con ella construimos (postulado biosemiótico) (1). Esta información –como se afirma desde la neurobiología (2)- se concreta desde los procesos de selección e integración de sensaciones a través de los cuales damos sentido a la información procesada, cuyo resultado deriva en la construcción de un conjunto de representaciones mediante las cuales asociamos una o varias experiencias con uno o varios significados, de manera que en la medida en que vamos creciendo y nuestra capacidad de integración mental se hace mayor y más refinada, vamos integrando también esas representaciones en un sistema, articulándolas, integrándolas, organizándolas y jerarquizándolas (Romeu, 2018; Manes, 2017). Esto es lo que llamamos lenguaje, y tiene dos dimensiones: la individual y la social.

El lenguaje social es el que todos conocemos en tanto compartido y está relacionado con la experiencia histórica de los individuos y grupos en tanto configuradas desde los procesos de socialización. El lenguaje individual en cambio es más personal, tiene una carga afectivo-emotiva mucho más individual y opera funcionalmente sólo para el individuo pues no puede compartirse.

Bajo estas premisas, lo que el individuo comunica no puede ser más que el resultado cognitivo de dichas experiencias (Romeu, 2016; 2017; 2018). Si estas son colectivas, el significado resultante lo será también y favorecerá el entendimiento entre individuos distintos; pero si es individual esto no ocurrirá. Sin embargo, de ello no se desprende que los significados de una experiencia colectiva sean idénticos, sino más bien que apuestan a su similitud en virtud de que compartimos un aparato cerebral y mental semejante. Así, el entendimiento no es más que un mecanismo que sintetiza la experiencia del significado en términos más o menos aceptables para aquellos que la han vivenciado, dando cabida a que las diferencias individuales puedan incidir siempre en la construcción de los significados por medio de los mecanismos diferenciados de percepción que en dichos procesos se gestan y configuran.

De lo anterior se colige que el entendimiento no es una propiedad del lenguaje, sino más bien un evento azaroso asociado a él pero que requiere de ciertas circunstancias contextuales para darse. La comunicación no resulta del entendimiento sino más bien de la expresión de los significados resultantes de la experiencia vía la construcción de ese sistema de representaciones que en función de su naturaleza cognitiva llamamos lenguaje. La comunicación se define por la expresión individual y en la medida en que utilice signos o referentes compartidos gestará la posibilidad del entendimiento. Pero si no, no.



Esto anula las concepciones de la comunicación que la definen a partir del vínculo dialógico entre individuos y grupos sociales que no obstante no siempre pasan por el entendimiento ni por el intercambio de información. Es por ello que consideramos que hay vínculo dialógico cuando la expresión de un significado por un individuo se configura a partir de la expresión del otro. Llamamos a esto una interacción expresiva o comunicativa. La interacción comunicativa se revela como un mecanismo que garantiza la socialidad, gestando las condiciones para la emergencia de la discursividad social a través no sólo de la información que se acumula en dicho proceso, sino también mediante la configuración de las relaciones sociales donde esta información constituye un elemento clave. El lenguaje y la comunicación resultan así aspectos funcionales de la emergencia y configuración de las relaciones sociales, en tanto éstas no pueden existir sin aquéllos.

Ahora se hace necesario desarrollar con mayor profundidad los argumentos que constituyen el sostén de esta tesis a través de pensar el papel de la comunicación en la gestación y configuración de las relaciones sociales, y de manera mucho más amplia en la cultura para explicar los procesos de discursividad social a través de la configuración de las relaciones sociales.

Las dimensiones individual y social de la comunicación, y su relación con el fenómeno de la interacción comunicativa

Entendiendo que la comunicación es un fenómeno del “habla”, parece claro definirla también como un acto expresivo pues justo por medio de la expresión es que tiene lugar. Hablar es expresarse, y en sentido amplio el “habla” remite no sólo a la expresión lingüística, ya que “hablamos” a través de diferentes soportes, donde la palabra da cuenta de sólo uno de ellos.

Podemos decir que la expresión vehicula siempre la articulación entre una forma o signifiante y un contenido o significado, y ambos se deben a la experiencia, la percepción. A partir de ello se logra organizar un acto comunicativo, resultante del procesamiento de la información durante la experiencia que configura al lenguaje como conjunto y sistema de representaciones. El lenguaje resulta así la materia prima de la comunicación y no una consecuencia de su ocurrencia.

Para que exista la comunicación es necesario primero contar con la información a expresar vía el procesamiento de la misma a través de la selección e integración de nuestras sensaciones y percepciones en el cerebro. Queda claro que la información no proviene del mundo exterior sino más bien de nuestro cerebro (postulado de la teoría enactista sobre el conocimiento) (3),

Question, Vol. 1, N.º 61, enero-marzo 2019. ISSN 1669-6581

Instituto de Investigaciones en Comunicación | Facultad de Periodismo y Comunicación Social | Universidad Nacional de La Plata La

Plata | Buenos Aires | Argentina

Página 8 de 17



lo que hace imposible compartirla, asegurando así que la expresión sea ante todo un fenómeno individual, pues el procesamiento de información ocurre de forma individual, particular y diferenciada en el cerebro de cada quien. La construcción de la información es un proceso egoísta, y si bien su expresión puede tener similar sentido para el otro, hay que tener muy claro que esto sucede siempre y cuando se compartan los referentes experienciales.

Para compartir referentes experienciales son necesarias, al menos, tres condiciones: primero que el aparato perceptor, cerebral y mental de un individuo sea semejante al del otro; segundo, que la experiencia de interacción de cada individuo con su entorno sea la misma o semejante para otros; y tercero, que los individuos se enfrenten a las mismas condiciones del entorno. En el conjunto, estas tres condiciones auguran la existencia de referentes experienciales compartidos –dando como resultado la construcción de significados semejantes ante un mismo evento-, pero son más bien sólo condiciones necesarias, no suficientes.

Aunque todos los seres humanos poseemos un aparato mental, cerebral y perceptor parecido, hay que tener en cuenta que éstos nunca son idénticos; de hecho no son idénticos siquiera para el mismo individuo. Como afirman Damasio (2000, 2015a, 2015b, 2016); Vestfrid (2017) y Manes, la plasticidad del cerebro demuestra que podemos adquirir y desechar información de manera constante en función de la implicación vital que dicha información nos reporte desde el sistema de representaciones por medio del cual entendemos la realidad. Lo mismo sucede con la experiencia, en tanto vivencia inexorable a la que nos enfrenta el hecho de la vida (Heidegger, 1999; Merleau-Ponty, 2008) pues no siempre es la misma, aún ante el mismo evento. Los seres vivos nos transformamos de manera perenne a partir de la actualización constante de ese sistema de representación que vamos construyendo a lo largo de nuestras vidas, de forma tal que el significado de una experiencia siempre obedece a la manera diferenciada en que se vive, se siente y se piensa la misma, lo que se halla en la base de nuestra constante e inevitable interacción con el entorno en el que gestionamos nuestra vida como individuos.

En cualquier caso, la comunicación no apuesta necesariamente por compartir significados, y mucho menos por intercambiarlos. En la explicación sobre la comunicación, este intercambio, lo mismo que el hecho de compartir, no es más que una mera metáfora (4). Así, parece plausible sostener que la expresión comunicativa de un individuo puede tener sentido para el otro, siempre y cuando entre ellos se cree una especie de sinonimia entre sus propios referentes, ya que el acto expresivo es siempre un acto individual que, no obstante, en su dimensión social puede estar configurado precisamente desde el interés o motivación de un individuo para con otro.



Este interés si bien puede atenuar las consecuencias de la individualidad del acto expresivo, lo hará siempre en la medida en que el individuo se lo proponga y cuente con los recursos para llevarlo a cabo, tal y como se plantea en el modelo que propone Levelt (1999) a propósito de la configuración de la información en el discurso. Sin embargo, a pesar del esfuerzo por garantizar entendimiento (que es básicamente lo que distingue a la comunicación en su dimensión social de la individual), en los procesos de socialización donde los individuos se relacionan entre sí, esto no siempre sucede.

Si aceptamos como plausible lo anterior, es preciso también admitir que los actos expresivos que configuran las interacciones comunicativas entre dos o más individuos no se articulan necesariamente a través de un vínculo dialógico cuya función es garantizar la comprensión y el entendimiento, mucho menos el intercambio de significados entre un individuo y otro. En todo caso, el vínculo dialógico se forma a partir de un proceso de convergencia expresiva que tiene lugar de forma secuencial y alternada; es decir, donde la expresión de un individuo sirve como sustrato para la expresión del otro.

Veamos esto con un ejemplo. Tomemos el caso de la violencia, específicamente la violencia social que, al menos en nuestra experiencia individual y colectiva hemos percibido cómo se ha incrementado en los últimos años en nuestro país y también en el mundo. Partamos de entender también que lo que hace que una persona sea violenta en un momento dado puede explicarse tanto desde el nivel subjetivo (personal, psicológico, individual) como desde el objetivo (estructural, sociológico, histórico, sociocultural) y orgánico (cerebral), por lo que la explicación que elaboraremos deberá integrar todos los niveles de análisis en tanto en la comisión de los actos de violencia todos participan. Eliminaremos de la reflexión, no obstante, el nivel orgánico en tanto desde éste se refiere al individuo violento como enfermo. Desestimaremos esta condición porque la anclaremos en la violencia social: un linchamiento. Recientemente, en la delegación Cuajimalpa de la ciudad de México, habitantes de esa demarcación intentaron linchar a dos ladrones que habían robado una casa-habitación. La reacción de la gente ante ese hecho fue violenta porque la violencia correlaciona con el hartazgo social en torno a la inseguridad que se vive en la ciudad y en el país. Una experiencia individual de vulnerabilidad y de hartazgo sobre un mismo suceso que es a su vez compartida con otros individuos, probablemente hace que se configuren mentalmente significados también compartidos en ese sentido, puesto que muchas personas han vivido una y otra vez sucesos como esos que configuran colectivamente significados similares que son a su vez expresados en este caso mediante la práctica violenta.

Aquí, la experiencia compartida se toma como un asunto de percepción de la vulnerabilidad tanto a nivel individual como a nivel colectivo. De esa manera, el evento del robo como tal



genera una reacción de hartazgo colectivo que se expresa por medio de la violencia. Eso es un acto expresivo que además de los componentes individuales de percepción que pudieran estar interviniendo a raíz de la experiencia individual de vulnerabilidad, tiene a su vez un correlato social, es decir, un soporte en la experiencia de vida colectiva.

La policía, que es el otro “hablante” en esta interacción, repele la agresión popular mediante técnicas de control del comportamiento social violento, es decir, responde al estímulo de la violencia porque construye una percepción de peligro sobre la violencia colectiva a partir de su propia experiencia como actor institucional cuya función es mantener el orden público. Si a ello sumamos que la camioneta en la que los policías tenían retenidos a los ladrones quedó destrozada porque los habitantes de Cuajimalpa, en su intento de lincharlos, la emprendieron contra ella provocando daños severos al vehículo (expresión violenta manifiesta por parte de los habitantes de Cuajimalpa), se puede notar que hay al menos dos condiciones para la expresión colectiva de la policía que constituyó en el uso de la fuerza contra los habitantes de Cuajimalpa: restaurar el orden público y defenderse de la violencia popular.

Esta expresión de violencia popular responde, como ya dijimos, a la percepción de vulnerabilidad y hartazgo colectivo en torno a la inseguridad, la cual ha servido de estímulo o umbral cognitivo-experiencial a la policía para actuar en pos del restablecimiento del orden público. Así, el restablecimiento del orden público por parte de la policía es la respuesta expresiva del cuerpo policial, en forma de acción colectiva.

La interacción comunicativa, que no es otra cosa que una interacción de expresiones que obedecen a la construcción de información por parte de los involucrados, se da entonces no porque se compartan o intercambien significados o información, sino más bien porque la expresión violenta de los habitantes de Cuajimalpa ha suscitado la expresión también violenta de la policía al replegarlos. El resultado es la configuración de una interacción social en la que los habitantes de Cuajimalpa expresan su percepción de vulnerabilidad y hartazgo de forma violenta, y la policía lo hace de la misma forma a partir de la percepción de peligro o amenaza que configura a partir de este desbordamiento social violento.

Como se puede apreciar, cada uno de los involucrados configura la interacción social resultante desde sus propios escenarios de experiencia pasada y presente con respecto al hecho que se configura como estímulo o umbral cognitivo-experiencial para cada quien. En el caso de los habitantes de Cuajimalpa a partir de percibirse amenazados con frecuencia, y en el caso de la policía a partir de percibir una situación que se ha salido de control. Así, cada uno responde expresivamente a un estímulo diferente desde las representaciones que construye a partir de su propia experiencia en el hecho –o incluso, a partir de experiencias previas, ya sean



individuales o colectivas-, de manera que el encadenamiento convergente de ambas experiencias da por resultado la interacción social que hemos descrito.

Entre los habitantes de Cuajimalpa y los policías el entendimiento no tuvo lugar. De hecho, se trata de una interacción comunicativa de tipo social que justamente desestima el entendimiento por revelar la presencia de un conflicto de esa naturaleza, y sin embargo no deja de ser –a pesar de ello- una interacción comunicativa, es decir, una convergencia de expresiones en la que la expresión violenta de los habitantes de Cuajimalpa sirve de acicate para la expresión violenta de los policías, e incluso –también- y viceversa. Así, la expresión del primer grupo funge como base para la expresión del segundo y viceversa, pues los habitantes de Cuajimalpa también respondieron violentamente a la práctica policial del repliegue o control.

Lo mismo sucede con la expresión individual. Siguiendo el mismo ejemplo, seguramente hubo algún cuajimalpense que expresó primero que otro su hartazgo y vulnerabilidad, de manera que esa expresión primera fungió como evento detonador del resto de las expresiones similares, y como estas personas compartían desde antes experiencias y percepciones semejantes frente al hecho que las suscitó (el robo), ello hizo de la convergencia expresiva un mecanismo para la construcción de la expresión colectiva de violencia en tanto los habitantes de Cuajimalpa compartían representaciones similares sobre la vulnerabilidad de su seguridad en tanto derivan de condiciones de vida similares en las que riesgo y vulnerabilidad resultan significados que se configuran a partir de una experiencia similar, colectiva, es decir, susceptible de gestar algún grado de entendimiento por el tipo de referentes experienciales que comparten dichos habitantes entre sí.

Así, podemos afirmar que en función del tipo de representaciones (personales o compartidas) que cada individuo active o emplee para formular cada una de sus expresiones, tendrá lugar o no –en sus distintos grados- el entendimiento. Y como cada quien construye sus representaciones a partir de su experiencia concreta (o del conjunto de éstas) con el entorno, no es ocioso pensar que en tanto dicha construcción resulta un proceso situado histórica, biográfica y socialmente, el significado resultante guarda un correlato con estos aspectos. De esta manera, resulta claro que ante un hecho específico, como los ejemplos que hemos descrito, el significado que cada individuo construya será diferente, aunque esto no niega el hecho de que bajo ciertas condiciones puedan también ser parecidas o semejantes entre sí.

Como es posible constatar, no entenderse no cancela en absoluto la ocurrencia de la comunicación. Esta se da por el mero hecho de expresarse, de proyectar los significados por medio del “habla”; y de la misma manera tiene lugar la interacción comunicativa, pues en ningún caso depende del entendimiento, sino de la manera en que una expresión se configura a propósito de otra.



En conclusión, podemos decir que la interacción comunicativa propicia la emergencia de la interacción social desde la cual se configuran las relaciones sociales, pues si tenemos en cuenta que éstas en esencia se establecen entre individuos y grupos, no queda más que admitir que sólo por medio de la interacción comunicativa, entendida ésta como un fenómeno de convergencia expresiva, es posible hablar de interacción y relación social tal cual se emplea en la teoría social. A continuación y a manera de cierre o conclusión abordamos de forma un poco más detallada esta idea.

Interacción comunicativa y relaciones sociales: aspectos necesarios para entender el fenómeno de la discursividad social

Desde la teoría social, en lo general, las relaciones sociales son entendidas como aquellas relaciones o vínculos regulados por la normatividad social imperante que tienen lugar entre individuos y grupos sociales. Cada relación social gesta un tipo particular de lazo social que se configura como vivencia por quienes lo construyen; pero como esta vivencia siempre se acota en un escenario tempo-espacial determinado que, aunque situado en y condicionado por el presente, mantiene conexiones poderosas con el pasado histórico y con la expectativa que se tenga sobre el futuro, podemos afirmar de ello que las relaciones sociales no son ni pueden ser estáticas y predeterminadas en tanto signadas esencialmente por el azar y la incertidumbre. Esto, no obstante, no anula el hecho de que existan relaciones sociales más o menos naturalizadas, estereotipadas o fijadas que incluso así no pierden ni cancelan su potencial capacidad de movilidad y transformación.

Tomando como pretexto reflexivo la definición que hace Ferrand (2007) sobre las relaciones sociales a propósito del análisis de los vínculos sociales en las redes digitales, el autor sostiene que las relaciones o vínculos sociales se definen por el tipo de regulación sobre la cual operan. Para Ferrand, existen tres tipos de regulaciones: aquellas que llama de regulación categorial, vinculadas a las normas y a los roles de los individuos y grupos en ellas; las de regulación reticular que dan cuenta de la posición que ocupa un actor en la estructura de la red (para nosotros en este caso, la estructura social) y la de regulación diádica que está fundada en la confianza –para nosotros en la relación interpersonal, que siempre conlleva una impronta más íntima-. Todas estas relaciones pueden ser descritas y explicadas en términos comunicacionales a partir de la inferencia de los actos expresivos que configuran el tipo de regulación que conforman.



Por ejemplo, podemos inferir que la regulación categorial tiene lugar cuando los “hablantes” se expresan a partir del papel estereotipado que ocupan de acuerdo con la normatividad social vigente, como sucede con la interacción que se da entre jefe y subordinado. En cuanto a la regulación reticular, ésta puede acontecer cuando la interacción comunicativa resultante deriva de la posición estructural de los hablantes en la estructura social, misma que refleja posiciones de dominio y tensión. Ejemplo de ello son las relaciones de género, de clase, las etéreas, etcétera. Y finalmente está la regulación diádica que ocurre cuando los actos expresivos se dan como resultado de las posiciones equivalentes entre los “hablantes”, gestando así relaciones sociales horizontales, signadas mayormente –aunque no solo- por la confianza mutua y el afecto.

Los tres tipos de regulaciones antes mencionadas, así como sus consecuentes hibridaciones, dan por resultado relaciones que aparecen ancladas siempre en un entorno o contexto social y simbólico-cultural concreto, pues no se dan *ex nihilo*. Esto implica que heredan también todo el bagaje histórico de su conformación y transformación. De esa manera, el contexto ofrece un buen caldo de cultivo para explicar la experiencia y las redes de sentido o significación que hemos definido aquí como lenguaje en los individuos y grupos sociales, los cuales configuran su sentido colectivo de la realidad, del otro y del sí mismo, permitiendo la emergencia de referentes socioculturales, compartidos.

Esto conforma a su vez el sistema de representaciones o significados que sirve de materia prima para la comunicación; de manera que cuando un individuo o un grupo establece una interacción comunicativa con otros lo que sucede es que primero, al ser/estar dicha interacción históricamente situada, la expresión resultante siempre se halla vinculada a la memoria histórica de dichos individuos o grupos, configurando así por ello la historia social y personal de las experiencias derivadas de las interacciones de dichos individuos y grupos en términos de la posición objetiva y simbólica que ocupan éstos en la estructura social a la hora de la interacción, lo cual responde en gran medida a la correlación histórica de fuerzas entre los diferentes grupos sociales en el plano social.

De la misma forma sucede con la red de red de significados que entendemos como cultura, tanto la dominante como la contra hegemónica. Se trata de significados que son el resultado de la relación histórico-social de fuerzas entre los distintos grupos sociales y que establecen los “hablantes” entre sí, pues las redes de significados que construyen forman parte del sentido de la vida que configuran al interior de una experiencia histórica y también presente constituyendo el soporte de sus propias expresiones. Esta red de significados conforman el sustrato simbólico con el que los “hablantes” se enfrentan a la relación social, de manera que si la correlación de



fuerzas lo favorece en un tiempo-espacio determinado, ello dará como resultado la emergencia de una posición dominante simbólicamente hablando.

Lo anterior pone en evidencia que –como lo planteó la Escuela de Palo Alto y el Interaccionismo simbólico- la base de lo social es la comunicación; sólo que los autores de estas corrientes cifraron su argumentación en el hecho de compartir e intercambiar información o significados, haciendo de esto un mecanismo para la emergencia de la comunicación.

Rescatando de ellos la premisa pero no el argumento, en este trabajo se coincide con lo anteriormente dicho pues la comunicación constituye el motor de lo social a través de la convergencia expresiva que configura a la interacción comunicativa. A nuestro juicio, sólo así es posible hablar de la existencia de las relaciones sociales, cuya carga cognitiva y expresiva es innegable.

En ese sentido, la conversación o discursividad social (como lugar de donde surgen las relaciones sociales y la cultura misma) emerge precisamente de la dimensión social de la comunicación, es decir, de aquella que se establece desde las motivaciones e intereses sociales de los “hablantes” siempre al interior de un contexto histórico-sociocultural determinado donde tanto los intereses/motivaciones como las relaciones sociales mismas se actualizan de manera constante. Ello indica que el binomio comunicación-lenguaje constituye, en su dimensión cognitiva a nivel social, la condición necesaria y suficiente para la configuración de las relaciones sociales, ya que la forma y el contenido de dicha comunicación depende del sistema de representaciones que podamos construir vía la experiencia históricamente situada tanto en términos individuales como sociales.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que como esta experiencia se da siempre en situaciones socio-históricas concretas, el resultado perceptivo de la misma (y la construcción de información/significación de ello derivado) lleva en su conformación la impronta referencial de estas variables; de ahí que la discursividad social que emerge de la comunicación activando la emergencia de las relaciones sociales esté circunscrita indefectiblemente a ellas. Como lo planteara Verón (1998) hace algunas décadas atrás, esto hace de la comunicación y el lenguaje humanos una dimensión insoslayable a tener en cuenta para el análisis de lo social. Por eso, a nuestro modo de ver, enfatizar la importancia constitutiva de esta dimensión en la construcción de lo social devela un esfuerzo integrativo válido para articular el análisis micro-macro de las relaciones sociales donde actualmente se desestima el potencial explicativo de la comunicación.



Notas

(1) La biosemiótica plantea el estudio de la producción, acción e interpretación de los signos en el reino físico y biológico. Desde un punto de vista biológico y evolutivo, la biosemiótica entiende la evolución de la vida vinculada a la evolución de los sistemas semióticos, por lo que aquello que los biólogos llaman “intercambio de información”, bajo la perspectiva de la biosemiótica no es otra cosa que los procesos sígnicos que tienen lugar en la vida, incluso a nivel bioquímico, en función de la supervivencia y la adaptación. Para una rápida y sólida información al respecto, se recomienda consultar la obra de Stella Santilli, *Biosemiótica, una metáfora de la biología teórica* (disponible en <http://www.ghtc.usp.br/server/AFHIC3/Trabalhos/22-Estela-Santilli.pdf>) y de manera muy especial la obra pionera de Thomas Sebeok: *Animal Communication: Techniques of Study and Results of Research* (1968). Bloomington: Indiana University Press; *Perspectives in Zoosemiotics* (1972). The Hague: Mouton; y *Signos: una introducción a la semiótica* (1996). Barcelona: Paidós. También se recomienda consultar la obra de Jesper Hoffmeyer (1996). *Signs of Meaning in the Universe*. Bloomington: Indiana University Press.

(2) La neurobiología o neurociencias es una disciplina que se ocupa del funcionamiento del cerebro humano. Se trata de un área multidisciplinar de estudio que se encarga de la indagación sobre la estructura, función, desarrollo, química, farmacología y patología del sistema nervioso. Sus niveles de análisis van desde lo molecular hasta el sistema nervioso en su conjunto. Se halla en constante articulación con la neurociencia cognitiva a pesar de que ésta no tiene un enfoque biológico en tanto postula la base fisiológica de la subjetividad. Para una mayor información, se recomienda el libro de Mario Alberto Vestfrid, citado en la bibliografía de este trabajo.

(3) El enactivismo o enactivismo es una corriente de las teorías del conocimiento que se opone al cognitivismo tradicional, el cual soporta su explicación bajo el paradigma computacionalista/representacionalista bajo el que se considera a la cognición como un procesamiento de información. A diferencia de ellos, los enactivistas arguyen que la cognición es una actividad continua que de delinea a partir de procesos autoorganizados de participación activa en el mundo, y por la experiencia y autoafección del cuerpo animado. Para mayor información, se recomienda consultar el texto de Ezequiel Di Paolo El enactivismo y la naturalización de la mente, en Chico, D. P. y Bedía, M. G. (coords.) (2013). *Nueva ciencia cognitiva. Hacia una teoría integral de la mente*. Madrid: Plaza y Valdés. Disponible en https://ezequieldipaolo.files.wordpress.com/2011/10/enactivismo_e2.pdf

(4) John D. Peters en su libro *Hablar al aire. Una historia sobre la idea de la comunicación* (2014). México: Fondo de Cultura Económica. En él, el autor considera que esto es más bien un mito desde el que arbitrariamente se ha pretendido entender y estudiar científicamente la comunicación.

Bibliografía

Damasio, A. (2000). *Sentir lo que sucede. Cuerpo y emoción en la fábrica de la consciencia*. Santiago de Chile, Chile: Editorial Andrés Bello.

Damasio, A. (2015a). *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*. México: Editorial Paidós Booket.

Damasio, A. (2015b). *Y el cerebro creó al hombre. ¿Cómo pudo el cerebro generar emociones, sentimientos, ideas y el yo?* México: Editorial Paidós Booket.



- Damasio, A. (2016). *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. México: Editorial Paidós Booket.
- Heidegger, M. (1999). *Ontología. Hermenéutica de la facticidad*. Madrid: Alianza.
- Jerison, H. (2012). *Evolution of the Brain and Intelligence*. New York: Academic Press.
- Leakly, R. y Lewin, R. (1994). *Nuestros orígenes. En busca de lo que nos hace humanos*. Barcelona: Grijalbo-Mondadori, Crítica.
- Levelt, W. (1999). Producing spoken language. A blueprint of speaker. En Brown, C. M. y Hagoort, P. (eds.) *The neurocognition of language* (pp. 83-122). Oxford: Oxford University Press.
- Manes, F. (2017). *Usar el cerebro. Conocer nuestra mente para vivir mejor*. Buenos Aires: Planeta.
- Merleau-Ponty, M. (2008). *El mundo de la percepción*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Romeu, V. (2016). Pensando a la comunicación y al fenómeno comunicativo. En Rebeil Corella, M. A. (Ed.). *Anuario de Investigación de la Comunicación CONEICC* (pp. 17-55). México: Oak Editorial.
- Romeu, V. (2017). El problema del entendimiento en el lenguaje y la comunicación. Reflexiones desde un enfoque biofemenológico. *Revista DIXIT*, 27, julio-diciembre, pp. 28-41.
- Romeu, V. (2018). *El fenómeno comunicativo*. México: Editora Nómada.
- Savage-Rumbaugh, S.; Shanker, S. G. y Taylor, T. J. (1998). *Ape Language and the Human Mind*. Oxford: Oxford University Press.
- Searle, J. (1997). *La construcción de la realidad social*. Barcelona: Paidós.
- Verón, E. (1998). *Fragmentos de discursividad social*. Barcelona: Gedisa.
- Vestfrid, M. A. (2017). *Dialogando con la mente. Una visión desde la neurociencia*. Buenos Aires: Dunken.